

XIII

GER.—Sea el postrer aviso, á manera de despedida, el del fraseo, que juzgo yo por el de más gravedad en el asunto del habla española. Conocéis los *Diálogos* de Iriarte. Ahí tenéis un escritor que no frasea, por más que ande limpio de expresiones galicadas por lo común. Yo no sé si en su tomo de *Diálogos* se hallarán tres docenas de frases castellanas.

NEAN.—Tengo presente en la memoria que Salvá, en el *Prólogo* de su Gramática, llamó *correctísimo* á D. Tomás de Iriarte, cuyo mérito principal, dice, es el estar libre de defectos, así como de Jovellanos dice que dormita una que otra vez admitiendo frases y voces nuevas.

GER.—¡Pobrecillo D. Vicente Salvá! ¡Qué mal tercio hizo al romance español, so capa de ilustrar á nuestra juventud!

GAM.—En el capítulo nono de su Gramática declaró que no debíamos excluir del tesoro

de la lengua las voces *garantir*, *petimetre*, *rango* y otras al tono francés. ¡Chanfaina, señor! ¡Dios me libre!

GER.—Excusar galicismos y frecuentar hispanismos: tal es la tarea del hablistán correcto. A Iriarte le faltó lo segundo, á Jovellanos ambas á dos cosas, como le faltaron á Capmany, aunque Salvá diga que pecó de nimio en la pureza de la lengua. ¡El mismo Salvá, qué pocas frases gasta! Ninguno de esos escritores os ha de servir de norma de buen lenguaje. Frasear de continuo, con tiento y prudencia, ha de ser, hijos, vuestro blanco principal en la escritura. ¿Quién ladeará el chiste de Quevedo en sus jácaras con el de Iriarte en sus fábulas? En el fraseo está el chiste casi todo, dado que á ninguno de los dos escaseaba el ingenio. Mas en el frasear tened muy presente aquella máxima del *Diálogo de las lenguas*, á saber, «la mayor parte de la gracia y gentileza de la lengua castellana consiste en hablar por metáforas.» Trópicos, según esto, deberán ser las frases, si lustre han de dar á la escritura.

NEAN.—Dígnese v. m. concederme permiso para interrumpir su discurso con la insinuación de un ingenio notabilísimo de nuestros días. ¡Con qué lindeza, habilidad y hermosura escribe D. Mariano de Cavia, el insigne propagador del actual centenario! Leí en un artículo, *La Gran Mezquita en París*, este parrafillo: «Convengamos en que los republicanos franceses

entienden y realizan de muy distinta manera la consabida penetración pacífica. La manera es un poco paradójica; mas tal vez por eso mismo resulte de una eficacia á prueba de espingarda y gumía.

»No son de estos primeros meses de 1905 las aficiones musulmicas de nuestros queridos vecinos y contrapariantes transpirenaicos.

»Todavía recuerdan con dulce emoción los buenos ratos que les proporcionó aquel diputado, médico de profesión y muslim de religión, etc.»—¿No les parece á ustedes divina esta prosa de pluma tan gallarda? Con razón oí decir á un hombre entendido: D. Mariano escribe como pocos, y de cuantos manejan la pluma es el que tiene más copioso vocabulario; el que se dedique á estudiar el estado presente de nuestra lengua, debe contar con él.

GAM.—Si D. Geroncio me lo permite, diré mi parecer acerca del retazo leído. Que el lenguaje de Cavia es *modernista*, como ahora dicen, no me cabe duda: ahí están las voces *realizan*, *resulte*, *dulce emoción*, *proporcionó*, que son totalmente francesas, propias de la galiparla, ajenas del lenguaje clásico. Le apuesto yo á mi Neanisco que ninguna de ellas hallará en el *Quijote*, en el sentido que ese párrafo les da; pero sí las vemos usadas todas por los franceses en ese mismo sentido. Luego el lenguaje de Cavia no huele á cervantino, siquiera el papalista haya alborotado el mundo con su afec-

tada devoción á Cervantes. Dejo ahora aparte las cuatro asonancias de la última cláusula, las otras cuatro de la primera, las tres *de* de la penúltima, pues todo eso pertenece al estilo de que aquí no tratamos. Pero torno á decir que Cavia es uno de tantos galicistas modernos, si bien algo repulido en su manera de escribir. Más le agradecería Cervantes el celo que en el centenario de su *Quijote* gastó, si le imitase en lo castizo de la elocución.

NEAN.—Pues yo te sabré decir que me tendría por dichoso si acertase á escribir como Cavia.

GAM.—No es ese el punto de la controversia, amigo. Pongamos ejemplo para mayor claridad. La frase *proporcionar buenos ratos*, ¿qué autor del siglo xvii la usó? *Pasar buenos ratos*, *tener buenos ratos*, *gastar buenos ratos*, *dar buenos ratos*, eran frases comunes á los clásicos; ¿no podía con ellas Cavia haber salido de su empeño castizamente? ¿Qué necesidad tenía de *proporcionar buenos ratos*, que es jergonza francesa? Otro tanto digo de *realizar*; no negaré yo que pueda este verbo admitirse en castellano; pero *realizar la penetración*, ¿te parece buen romance? El día de hoy apenas hay verbo más usado, todos *realizan*, todo se *realiza* á la francesa. ¿Acaso los verbos *efectuar*, *ejecutar*, *obrar*, *ejercitar* no dicen el mismo concepto españolamente? Igual discurso haríamos de *resultar* y de *emoción*, que son voca-

blos franceses: el último nunca fué castellano; en su lugar tenemos *afecto*, *afición*, *sentimiento*, *regalo*, etc.; el primero da lugar á falso sentido, si atendemos á que *resulte de una eficacia*, significa *provenga de una eficacia*, significación castiza, pero ajena de la mente del escritor.

GER.—Además, reparad, hijos, que defecto notable del estilo modernista (así le llaman) es la falta de partículas. Los clásicos, por medio de ellas, expresaban la causa, efecto, correspondencia, ilación, dependencia, origen, comparación de los conceptos esparcidos en los varios incisos de la cláusula; con las partículas trababan los miembros de un período, los períodos entre sí, los párrafos unos con otros, de cuyo enlace resultaba claridad, hermosura, gallardía en el decir, como lo usaban los clásicos latinos, de quienes lo aprendieron los clásicos españoles. Mas hoy todo anda suelto, incisos deseslabonados, cláusulas destrabadas, períodos desconcertados, al uso francés, que carece de partículas, cuya falta induce en el español un hablar obscuro, vacilante, enojoso al lector, que se ve forzado á interpretar el sentido si quiere sacar el agua clara. Tal es el estilo *modernista*, de que os libre Dios, hijos míos. Cuando estas advertencias hago, no quisiera yo fueseis vosotros cual aquellas damas melindrosas que, porque al consultar el espejo hállanse con el tizne en el rostro, enojadas con la fidelidad del aviso, hacen del cristal mil trizas por

no sufrirse tiznadas. ¿Qué culpa tiene el espejo en representar, pues ese es su oficio? Aquí á nadie reprendemos; se advierten las cosas que á nuestro intento tratamos de emendar por decoro de nuestra gallarda matrona la lengua castellana.

NEAN.—Volviendo á D. Mariano de Cavia, á quien has censurado, Gamantes, con alguna dureza, ópino yo que podía ser hoy uno de los primeros escritores. No le falta ingenio, ni gracia, ni copia de vocablos, ni lozana fantasía, ni facilidad en el decir, ni soltura de expresiones, ni novedad de pensamientos. Él solo bastaría para la restauración del lenguaje, con el gran crédito que en la Corte goza, si se desprendiese de la galiparla. Gran valor han atribuído á su pluma; ella, bien gobernada, haría milagros: muy justo es reconocerlo. La frase metafórica del clasicismo le facilitaría efectos extraños; lo mismo les caería bien á los artículos de *El Imparcial* que á los de las Revistas.

GAM.—Ese incorrecto *lo mismo*, de tu Cavia le tomaste. En *Ruede la bola*, haciendo mofa del General Azcárraga, escribió: *Pero señor, ¡si los cuerpos esféricos caen lo mismo de todas maneras!* Grande agudeza de ingenio mostró D. Mariano en hacer adverbio el nombre *lo mismo* tomándole por *igualmente*, como si dijéramos tomando el latino *idem* por *item*. ¿Has visto habilidad más extraña en pluma milagrera? Sus milagros no son de solos galicis-

mos, sino de barbarismos también. Quien eso no alcance, bravo restaurador hará si primero le das reglitas de gramática sobre la construcción de los verbos intransitivos.

GER.—Más mozo te muestras, Neanisco, de lo que antes prometías, porque no te haces conciencia de tus libertades. No reparas en tenernos el panegírico de un escritor, que los liberales tienen por lanza escogida, con ser linda caña. Pero mirar á un galiparlante con rostro benévolo, ¿qué otra cosa es sino abonar la fealdad de sus incorrecciones? El gusano roedor de la conciencia debería inquietar á los curiosos, que por vía de pasatiempo se dan un verde de hiel y vinagre: mal contada les será la golosina. Dejadas aparte las ideas, que aquí no calificamos, ¿es ó no verdad que tu alabado Cavia incurre en gazafatones? ¿A qué viene tu prurito de encarecer las cosas? Si aun la copa dorada no es bien se elogie cuando encierra veneno mortífero, cuánto menos razón será, con peligro de hacer apetecibles los ascos y hediondes de la bebida, celebrar los méritos del vaso que la contiene. Más de una vez he apellidado yo con apodo de *quijotesco* el lenguaje de hoy, no el de los pendolistas de escalera baja, que no saben lo que se necean cuando enristran la pluma, sino el de aquellos escritores insignes, de escalera alta, quier de guante y muceta, quier de corona y bonete, que en sus discursos á lo bizarro, al arremeter pluma en

ristre á los molinos de viento, ostentan de mar á mar especiosa gallardía en cuadros de flores sin frutos, de dulzuras sin picante, de figuras sin gracia, de galanterías sin hechizo, de cláusulas sin trabazón, de palabras sin decir palabra. En sus caballerescas andanzas, ni dejan miel en los oídos, ni moción en la voluntad, ni deleite en la fantasía, ni persuasión en el entendimiento, ni afición en el alma, porque toda la substancia de aquellas aparatosas quijoterías redujese á sacudir el aire, á vocear con retórico desorden, á repetir el cantar del ruiseñor canoro, que con diferentes pasos de garganta se esfuerza en divertirnos, cual si sus gorjeos fueran poderosos á encantarnos, cuando con levantado tiple nos suspende y á los demás pájaros deja absortos en la suavidad de su lengua. Que el ruiseñor explique así todo el artificio de sus melodías, pase; pero que un orador solemnice su hidalgo saber con tan triviales fazañas, de arte que presumiendo deshacer entuertos de follones y mandrines se halle con unas aspas de mano á boca y nos tenga aspadados á todos con su trinado lamentable, eso no se sufre, eso no cuela, por eso no podemos pasar. ¿Por qué? Porque nadie, hijos, se ajusta á seguir el hilo de un antojo. La necedad del antojo consiste en que si le dais la cosa hecha y derecha, no le sabe tan bien como lo fantaseado por elección del propio gusto. ¿No le dan los clásicos al orador las frases hechas y derechas? Sí. ¿No saben

ellas divinamente á todos? Sí. ¿Por qué no ha de seguir él el hilo de la tradición? ¿Por qué no ha de cantar con el punto gregoriano de los antiguos, dejándose de contrapuntos modernos? ¿No sería eso hablar á la quijotesca?

GAM.—Empedrado está, señor, el *Quijote* de frases graciosas, vivas, oportunas, á propósito para mil lances de conceptos que se ofrezcan.

NEAN.—Ese lenguaje quijotesco quisiera yo fuese el mío: no merecería, sin duda, la desaprobación de D. Geroncio.

GER.—Mas no es ese el tuyo, hijo. Algunos períodos nos has ensartado tan quijotescos como los de hoy, bien que Gamantes les haya hecho la salva. Fueron gorjeos festivos de música celestial, sin variedad de modulaciones clásicas. Apréndete de memoria el *Quijote*, y dejarás de hacer quijotadas como las que en este centenario se han hecho..... Ea, andad con Dios, que entró ya la noche.

NEAN.—En paz se quede v. m. Vea si algo nos manda.

GER.—Sí mando. Recogedme todos los discursos que con motivo del presente centenario se hayan compuesto y publicado; examinad menudamente todas las frases castizas que en ellos entraren; pesadlas bien, cargando la mano en la hojarasca, que pesa poco, porque yo prometo una blanca á cada frase clásica que me presentéis.

NEAN.—¿Y si le dejamos á v. m. hecho pelón?

GAM.—No te dé cuidado, Neanisco; bien sabe su merced lo que se quijotea. ¿No es ello así?

GER.—Vengan más quijotadas, dijo el otro (*Quij.*, p. 2, cap. 4). El fin de nuestra larga conversación sea probar la verdad del Centenario Quijotesco. A Dios otra vez.

NEAN.—Él y la Virgen su Madre sean con v. m. Hasta otra, que dure más tiempo que la de hoy.

GAM.—Beso á v. m. la mano. Buenas noches.

GER.—Andad con la paz de Dios...

.....

Oye, Neanisco. Subid otra vez. Un encarguillo... á entrambos... De lo tratado aquí, no decir esta boca es mía. Grillos á la lengua, porque como habían de humear inciensos, aunque en incensarios franceses, el suavísimo olor subió á honra del *Quijote*; bendito sea Dios. Mas si huelen los jolgoristas que aquí entre cuatro paredes echamos pullas á sus papelorios, se les subirá el humo á las narices, con que tal vez pierdan los estribos, siendo así que nosotros no intentamos quebrar aquí contra nadie el enojo, sino solamente contra la galiparla, culpable de tantos desafueros. A Dios.

A. M. D. G.